

CONALI INFORMA

JESÚS EN EL CULTO EUCARISTICO FUERA DE LA MISA. Siempre presente y disponible.

Ofrecemos este artículo sobre el culto eucarístico fuera de la misa, que permite profundizar la última semana eucarística y la “Solemnidad del Cuerpo y sangre de Cristo”.

En la celebración eucarística, hacemos memoria de la entrega de Jesús. Jesús que nos reúne, que nos habla y se hace disponible, es el Jesús que, por la acción del Espíritu Santo, en el relato de la institución eucarística, se hace presente, precisamente, entregándose a nosotros, o sea, en su paso al Padre a través de la entrega a los hermanos (Jn 13,1). En el culto eucarístico, por lo tanto, no adoramos a un Jesús estático, sino a Jesús en su Misterio Pascual.

1. “QUÉDATE CON NOSOTROS, SEÑOR”

Juan Pablo II dio ese título a la carta apostólica, *Mane Nobiscum Domine*, dedicada a la eucaristía. El deseo de los discípulos de Emaús, buscando prolongar el encuentro con Jesús, ha movido a la Iglesia a desarrollar el culto eucarístico fuera de la misa.

La entrega de Jesús: “Esto es mi cuerpo entregado por ustedes, ésta es mi sangre derramada por ustedes y por muchos”, es lo que estamos llamados a prolongar en nuestra vida cristiana, entregándonos, también nosotros, al servicio de nuestros hermanos. Esa entrega, perennizada en el pan consagrado, cuerpo entregado de Cristo, es la que perdura en el tabernáculo, para alimentar y estimular nuestra propia entrega.

Fue, precisamente, el deseo que el *Pan de vida* entregado por todos estuviera disponible más allá de la celebración eucarística, como viático, o sea, como alimento para el camino, en particular para los enfermos, lo que llevó, hacia el siglo VIII, a generar la costumbre de la reserva de la eucaristía. Esta reserva se empezó a realizar en la fe que Jesús seguía presente más allá de la celebración, dado que la conversión del pan en el cuerpo de Cristo no era algo transitorio sino permanente.

Esta reserva eucarística estimuló, obviamente, la consolidación de la doctrina y del dogma de la presencia

real de Cristo en el pan consagrado y favoreció el desarrollo del culto eucarístico fuera de la misa. La piedad popular, en efecto, mientras los teólogos disputaban acerca de la presencia sustancialmente real o sólo simbólica de Jesús en el pan de la misa, empezó a respaldar la fe en la presencia real con visiones (Santa Juliana de Mont Cornillon +1258) y milagros eucarísticos (Bolsena, 1264) y con procesiones y adoraciones del Santísimo Sacramento. Esta devoción popular llegó así, en el siglo XIII, a ser fiesta de la Iglesia. El Papa Urbano IV habría pedido a los dos más grandes teólogos de la época, el franciscano san Buenaventura y el dominicano Tomás de Aquino, la elaboración de la liturgia para la nueva fiesta. Para saborear algo de lo hecho por Santo Tomás, recordemos una estrofa de sus himnos que todavía suele usarse en la adoración del Santísimo Sacramento.

Adoremos reverentes, /al Señor
Sacramentado, /cante el rito del
presente /superior al del pasado,
nuestros ojos lo contemplan, /en filial y
humilde fe.

El culto eucarístico, centrado en la presencia real del Señor, se convirtió en el tiempo de la reforma en una consistente afirmación de la fe católica, ante la negación de dicha presencia de parte de los protestantes. En el tiempo barroco, luego, este culto eucarístico alcanzó su máximo esplendor, con el desarrollo de los grandes y majestuosos altares, en que se exponía el Santísimo en artísticos y rutilantes ostensorios. Es notable como, en las abadías benedictinas, el acto litúrgico que reunía a toda la comunidad monástica, en esos tiempos, no era la celebración eucarística sino la bendición "con su divina Majestad".

Este despliegue, algo desorbitado, del culto eucarístico fuera de la misa, fue reubicado en el Concilio Vaticano II. Por la conocida ley del péndulo, la suprema centralidad dada a la celebración eucarística pasó de un exceso devocional a la presencia del cuerpo de Cristo fuera de la eucaristía a una desvalorización, no sólo devocional sino, también, ritual y litúrgica. Esto, aparejado con intentos de nuevas formulaciones de la fe de la Iglesia en la "presencia real", motivó a Pablo VI a escribir la encíclica *Mysterium Fidei* (MF) en que se afirma que Cristo nuestro Señor, que "se inmola en el mismo sacrificio de la misa, al comenzar a estar presente sacramentalmente bajo las especies del pan y del vino como alimento espiritual de los fieles, es también real y verdaderamente *Emmanuel*, es decir *Dios con nosotros*, mientras se reserva la eucaristía en las iglesias u oratorios después de haber ofrecido el sacrificio. Día y noche está así en medio de nosotros, habita entre nosotros lleno de gracia y de verdad" (AAS 57,1965, p.771). A esa Encíclica MF siguió la Instrucción "*Eucharisticum Mysterium*" del 23.05.1967 y, posteriormente (1979), la Introducción y los ritos correspondientes "a la Sagrada Comunión y al Culto del Misterio Eucarístico fuera de la Misa" (Culto Eucarístico: CE), vigente hasta ahora y que tenemos muy en cuenta en esta presentación.

2. LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA

La citada Encíclica "*Mysterium Fidei*" señala múltiples modos de presencia real de Jesús en la vida de la Iglesia y del mundo. CE n.6 destaca en particular los sucesivos modos en los que Cristo se hace presente a lo largo de la

celebración de la misa: en la asamblea de los fieles congregados en su nombre, en su Palabra que se lee y explica, en la persona del ministro y, por fin y de modo más excelente, bajo las especies eucarísticas. Esta presencia se dice real, no por exclusión, como si las demás no fueran reales, sino por excelencia”.

Esto sugiere, por razón del signo, cuidar que Cristo no esté eucarísticamente presente en el altar en que se celebra la eucaristía y, también, a la inversa, que, al centrar la atención en la presencia eucarística, en el culto fuera de la misa, en la adoración, por ejemplo, debieran perder relevancia las otras formas de presencia. En esa perspectiva, quien preside debiera dejar el lugar de la presidencia para ubicarse como adorador, junto a sus hermanos; la palabra de Dios, más que proclamada desde el ambón, atrayendo hacia sí la atención de la celebración, debiera ser modulada desde un lugar y con un tono que favorezca la adoración del Señor sacramentado.

El culto eucarístico se centra en esa presencia real por excelencia que se realiza, como ya lo dijimos, a través de la celebración eucarística. Por eso, junto con destacar la centralidad de ese culto, es necesario subrayar la continuidad entre el culto y la celebración eucarística de la que brota la presencia que se adora. La adoración eucarística, si bien puede, alguna vez, anteceder a la celebración, lo normal y lo recomendado por el magisterio respectivo, es que sea “prolongación de la celebración”. Para asegurar esa continuidad, es conveniente que:

- se exponga el Santísimo en el mismo altar en que se celebra la eucaristía;
- se exponga a la adoración el Pan consagrado de la misa que ahí se

celebró y que no sea traído de otro altar;

- haya el mismo número de velas encendidas para la celebración eucarística y para la adoración que sigue;
- se dé prioridad efectiva a la presencia del Señor y a su adoración y no se ocupe la gente en actos que no se dirigen, directamente, a Jesús sacramentado.

3. ELEMENTOS PARA LA ADORACIÓN DE LA EUCARISTÍA

Son muchas las formas en que se ha ido expresando el culto eucarístico fuera de la misa. El ritual romano señala: la distribución de la comunión fuera de la misa, la comunión llevada a los enfermos, con menor o mayor solemnidad (¡Cuasimodo!), el viático, la exposición y bendición eucarística, que prolongan la celebración en forma sencilla (simple exposición del copón o algo análogo; pocas velas y sin incienso) o solemne (con ostensorio, incienso y al menos seis velas), por un breve o por un largo tiempo (Jubileos, las “Cuarenta Horas”), o en forma perpetua, día y noche, siempre en el mismo lugar o en forma circulante, o en procesiones.

Es obvio que, en estas diversas situaciones, se dan elementos constantes y variables específicos que es necesario considerar. En la presentación que sigue, nos limitamos a presentar una secuencia de la adoración breve (tipo “hora santa”) que sigue una celebración eucarística. A partir de este modelo será fácil, esperamos, acomodar las sugerencias a otras circunstancias.

a) Exposición del Santísimo

(1) En la exposición que sigue una celebración eucarística, “por razón del

signo" es conveniente que las especies eucarísticas que se presentan a la adoración provengan de la celebración que termina. Esto es expresamente pedido en el caso de la exposición solemne y prolongada que sigue una misa.

(2) En estos casos, la misa se termina con la oración después de la comunión, omitiendo los ritos conclusivos. No obstante, quien preside dejará el Santísimo Sacramento expuesto y, si es exposición en el ostensorio, lo incensará. Si es en el copón, es aconsejable dejarlo abierto para mostrar mejor la presencia de Jesús en su gesto de entrega como pan disponible a la entrega. Podrá también incensarlo con el turíbulo o, también, echar incienso en un brasero puesto ante el altar.

(3) En todo caso, será bueno que quien ha expuesto el Santísimo u otro participante en el rito entone algún canto eucarístico o, al menos, que se salude la presencia del Señor sacramentado con una fórmula adecuada, ojalá cantada:

- Sea por siempre bendito y alabado, el Santísimo Sacramento del altar.
- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.
Qué eres Pan entregado para vida del mundo.
- Tú eres, Señor, el pan de vida (u otros estribillos eucarísticos).

b) Adoración y bendición

(4) La razón del signo, como ya lo dijimos, pide que la presencia de Cristo sacramentado esté siempre en primer plano, que se dirigen a él o vengan de él todas las palabras (no proclamadas desde el ambón) y, en particular, tiempos de silencio para favorecer el diálogo íntimo con el Señor.

(5) La oración personal o comunitaria puede integrar, con sabia flexibilidad, en el tiempo de adoración, algún momento de la liturgia de las horas. Por ejemplo, vísperas puede integrarse así:

- Omitir el inicio "Dios mío, ven en mi auxilio", etc... porque la adoración ya tuvo su propio inicio;
- Cantar un himno de tipo cristológico;
- Introducir los salmos con una antifona adecuada; rezarlos, luego, sin cerrarlos con la doxología (Gloria al Padre...), motivar la prolongación del salmo en resonancias personales. Luego, cerrar el salmo, ojalá cantando la doxología, sobre todo si no se canta la antifona. Sobre el himno neo-testamentario, ver sugerencia más adelante;
- Lectura bíblica. La de la misa correspondiente o un texto bíblico que no sea del Evangelio, más adecuado a la orientación o contexto de la adoración;
- Tiempo de silencio. Es siempre oportuno, para orientar a los participantes, señalar el tiempo disponible (5, 10, 15 minutos) para el silencio y la oración personal. Si es el caso, también, señalar qué se espera como fruto de esa oración: por ejemplo, recoger preces ante el Señor sacramentado;
- Oración fraterna de adoración, acción de gracias y súplica. Cerrar rezando la oración que Jesús nos enseñó;
- Cántico neo-testamentario. Valorando la dimensión cristológica que suele tener, emplearlo con alguna aclamación intercalada entre sus

estrofas, en el lugar del acostumbrado himno eucarístico (Adoremus reverentes);

- Oración ritual u otra adecuada o recreada de acuerdo a la orientación de la adoración realizada (Ej. "Por las vocaciones");
- Bendición con el Santísimo Sacramento y reserva;
- Canto del Magnificat.

(6) La oración personal o comunitaria puede seguir, de algún modo, el dinamismo de la celebración eucarística, sobre todo cuando no sigue una celebración y más todavía cuando, presidida por un diácono, puede ser, eventualmente, alternativa a la ADAP. Al ser comunitaria, sería conveniente intercalar cantos o estribillos adecuados al momento de la secuencia de oración.

ORACIÓN DE ACOGIDA. Alabanza al Señor, el Emmanuel, siempre con nosotros, a pesar de nuestros olvidos, desconsideraciones y pecados, por lo que imploramos su misericordia (Señor, ten piedad...). Más fuerte que nuestro pecado es la gracia del Señor que va llegando a nosotros de tantas manera que necesitamos agradecer (Gloria), para terminar en silencio de adoración en su presencia.

LECTURA ORANTE DE LA PALABRA DE DIOS. Jesús presente en la eucaristía es el Maestro que nos habla, el Profeta y Mesías que nos interpela, el Hijo de Dios que ora en nosotros, el Señor que está haciendo realidad el Reino de Dios en nosotros y en nuestro entorno. Leer, cuidando esas claves, textos bíblicos adecuados, dejando los debidos tiempos de silencio, meditación y oración, para terminar con un largo momento de adoración y contemplación.

ORACIÓN FRATERNA Y UNIVERSAL. En forma preparada, o mejor todavía espontánea, presentar al Señor las grandes intenciones de la Iglesia, de nuestro mundo esperanzado y doliente, de la comunidad y de los participantes.

ORACIÓN EUCARÍSTICA. Celebrar la presencia del Señor con nosotros con un cántico eucarístico, acompañado de incienso y seguido de un momento profundo de adoración en su presencia.

ORACIÓN DE COMUNIÓN.

- En comunión con Jesús presente con nosotros, digamos la oración que él mismo nos enseñó para dirigirnos al Padre. Padre Nuestro....
- Comunión eucarística (si es el caso y hay un ministro responsable) o si no, motivar la comunión en el Espíritu.

Es el momento para agradecer al Padre el regalo de su Hijo, siempre vivo y presente en cada uno de nosotros y de ejercitarnos en la mutua acogida, en línea con lo que nos aconsejaba Juan Pablo II, en su Encíclica "*Ecclesia de Eucharistía*".

- Nosotros acogemos a Jesús, el Hijo amado, y nos dejamos, en él, amar por el Padre, en y por el Espíritu, haciéndonos conscientes de sus regalos y agradeciéndolos en un prolongado "GRACIAS" y un "AQUÍ ESTOY para hacer tu voluntad", que se manifiesta cuidando y compartiendo esos regalos que el Dios trino nos da en Cristo.
- Jesús, el Hijo amado, nos acoge a nosotros, con nuestra vida y límites, deficiencias y pecados, necesidades y súplicas, con las personas que amamos y habitan nuestro corazón... y nos lleva al Padre, para que Él "*que resucita muertos*

y da vida”(Jn 5,21) nos haga renacer a nosotros y a quienes nos habitan....

BENDICIÓN.

Para ayudarnos a hacer realidad esa mutua comunión, la bendición de Jesús nos dice que él nos acompaña y nos seguirá acompañando siempre.

ACLAMACIONES EUCARÍSTICAS.

Pueden elegirse algunas. Puede ser suficiente un “amén” bien cantado. Se reserva el santísimo.

DESPEDIDA y CANTO FINAL.

oooooooooooo

En este tiempo en que nuestra Iglesia busca consolidarnos como discípulos-misioneros, es fundamental encontrarnos con Jesús. La eucaristía es el principal lugar de encuentro con Él y por eso, es la “cumbre y fuente” de toda la vida cristiana y de toda la vida del mundo.

La eucaristía es lugar de encuentro con Jesús, principalmente en su celebración litúrgica, pero, también, es lugar de encuentro privilegiado en la adoración de su presencia en el pan consagrado. En la medida que ahí nos encontramos con Jesús, en su gesto de entrega, esa Presencia nos va enseñando su manera de ser y haciendo disponibles para la misión, para ir dándonos como Cristo, “pan para la vida del mundo”.

P. José Lino Yáñez sdb
CONALI
junio de 2011.